

arroja al cuello de su esposo, le oprime y exclama al perder el sentido: «Te ahogo, te ahogo, yo soy la más guapa para ti.» María parece redimida. ¿Lo estará? Acaso no; acaso el autor no dé por agotada la fuerza extraña que influía en el ánimo de la *odalisca mojigata*; de todos modos, el conflicto queda en pie, porque Pepa y León son inocentes en aquella conjuración de los falsos ideales contra la vida natural de los hombres y de la sociedad; de todos modos, el autor deja la trama de su novela en puntos bien difíciles; pero confío en su ingenio, sobre todo en su instinto evidente, que en obras anteriores le llevó siempre á soluciones acertadas.

Esperemos la tercera parte: el público la espera con gran interés, y para entonces el juicio definitivo.

No cito episodios notables de este segundo tomo; son casi todos modelos de descripción y observación en los respectivos géneros.

También hoy concluiré diciendo al ilustre novelista: ¡Adelante!



EN un artículo en que se trataba de hacer el resumen crítico de nuestro movimiento literario durante el año de 1879, artículo que publicó *El Imparcial* en sus *Lunes*, omitía el autor, por imperdonable olvido, el nombre del señor Pereda al hablar de los novelistas. Arrepentido y en desagravio, hoy consagra estas líneas á la última obra del literato montañés el descuidado revistero, publicándolas en la misma hoja donde se cometió un pecado tan digno de censura.

Y quisiera yo de todo corazón que fuese tan perfecto el último libro del Sr. Pereda, que la alabanza no se me cayera de los labios al hablar de sus cualidades, porque con esto daría á entender bien claramente que no había, por mi parte, mala voluntad, disfrazada de desdén, respecto de las novelas de este autor, ya que tocante á su persona fuera ociosa malicia el suponerla. La mala voluntad no existe; mas, por desgracia, tampoco la perfección que pudiera servirme contra las cavilaciones de los maldicientes.

Que no sería sin tacha la novela del Sr. Pereda, ya lo esperaba yo, porque pocas cosas hay perfectas, fuera de nuestro Padre que está en los cielos; pero tampoco creía que este ingenio viril, en la flor de la edad, cuando prometía obras que señalasen el progreso visible de sus facultades, había de producir un libro que podría llamarse de deca-

dencia, á no ser porque la equidad prudente aconseja abstenerse de aventurar semejantes juicios cuando se trata de escritor tan capaz de enmendar sus yerros como el señor Pereda.

*De tal palo tal astilla*, es una astilla que no en todo y por todo parece del mismo palo de donde salió *Don Gonzalo González de la Gonzalera*. Es muy inferior á esta obra, aunque cojea del mismo pie, pero cojea mucho más. Me apresuro á decir que, tal como es, es mucho mejor que *El buey suelto*.

Nuestros buenos novelistas tienen una afición decidida á la cuestión religiosa. El público, por lo visto, se interesa en este asunto, aunque nadie lo diría, á juzgar por lo poco y mal que practicamos todos la religión, dicho sea en honor de la verdad, y advirtiendo que no me refiero sólo á los ultramontanos, sino también á los liberales. El Sr. Pereda, como Pérez Galdós, como Alarcón, como Valera, ha querido dar su opinión sobre el conflicto religioso, valiéndose de los amores que tuvieron dos jóvenes de la montaña: Agueda Quincevillas, de Valdecines, y Fernando Peñarubia, de Perojales.

No sabe bien el Sr. Pereda hasta qué punto está en su derecho escribiendo novelas *tendenciosas*, de esas que demuestran, ó poco menos, lo que al autor se le ha puesto en la cabeza que es la verdad, aunque no lo sea; pero mucho menos sabe el Sr. Pereda hasta qué punto mejoraría sus obras si en ellas prescindiese de mezclar lo humano con lo divino, y no se acordase de que había en el mundo positivismo, Ateneo ni Facultad de Medicina.

Sea lo que quiera de los libre-pensadores, la verdad es que en las novelas del Sr. Pereda no pueden hacer mayores estragos de los que hacen. Figúrense ustedes un hermoso paisaje, con tanta luz como los de Claudio Lorena, con tan correcta verdad y sabia composición como los del Pussino; añadan ustedes la natural sencillez de un diálogo de Timoneda, la dulzura melancólica de una égloga de Garcilaso... y la pasmosa realidad de un capítulo de Zola (de

los limpios), y tendrán en tan heterogénea conjunción de primores las bellezas que reúne *De tal palo tal astilla*. Pero ¡ay! que tanta hermosura bastan para mancillarla dos libre-pensadores, dos médicos, que con su ateísmo dan al traste con la luz, con el color, con la corrección, con la sencillez, con la dulzura, con la realidad del cuadro de Pereda.

¡Pluguiera á Dios que jamás los Peñarubias hubiesen tenido casa solariega en Perojales, y tampoco estaría demás que los Quincevillas no hubiesen parecido por Valdecines! Verdad es que, en tal caso, estaría á estas horas sin demostrar que de raza le viene al ateo el ser rabi-negro; pero en cambio tendríamos en el último libro de Pereda una colección de cuadros de paisaje y de costumbres de la aldea, comparables á lo mejor que en este género pueda haberse escrito. Y ya que el autor quisiera hacer de tales cuadros una novela, bastaba en rigor con los amores de Macabeo y de Tasia, que son lo más interesante del libro, porque ni Agueda ni Fernando valen, ni con mucho, lo que Tasia y Macabeo. Como hacían nuestros poetas dramáticos antiguos, ya desde los tiempos de la *Celestina*, el Sr. Pereda ha puesto al lado, y como contraste de la acción principal de los amores de los señoritos, los amores de los criados... El Sr. Pereda ha manejado esta vez, como otras, el *sermo rusticus* mejor que el *sermón* urbano. Contra la conocida regla jurídica, lo accesorio aquí no sigue á lo principal, sino que lo principal se olvida por lo accesorio.

Todo lo que piensan, sienten, dicen y hacen los montañeses de Pereda, está muy en su sitio, y Macabeo, Bastián, Tasia, son en la novela, ni más ni menos, como Dios los hubiera criado y como crió, en efecto, á otros muchos paisanos suyos. Tampoco tiene pero, á lo menos que yo sepa, aquel D. Lesmes, cirujano que se quería revalidar y no se revalidó: su conferencia con el doctor Peñarubia es digna de cualquier médico de aquellos que inmortalizó Molière. Y vaya fijándose el Sr. Pereda en lo muy alto que le pongo

lo bueno de su libro, para no quejarse después cuando lleguemos á las agrias. D. Sotero, aunque demasiado parecido en el fondo á Rigüelta (personaje de *Don Gonzalo*, y el mejor personaje de Pereda), es digno de alabanza por el dibujo, aunque el color sea monótono por lo sombrío.

Si tanto bueno digo de las figuras que aparecen de escalera abajo, y son en realidad las principales de la obra, el hacerme lenguas del talento con que el Señor dotó á Pereda, lo dejo para alabar sus descripciones de la montaña. *Et in Arcadiam ego*, puedo decir al autor de tan primorosas pinturas: yo conozco tan bien la montaña «como si la hubiera parido» (que diría Macabeo), pues á más de haberla visitado, vivo en país que linda con ella y se le parece como una gota á otra gota. Con esta mi erudición *al consonante de lo que estipula* el Sr. Pereda (otra frase de Macabeo), me atrevo á asegurar, sin miedo de ser desmentido, que no cabe más arte en la descripción del país y de las costumbres; que tanto debe de amar el novelista para guardarlas tan fielmente en la fantasía. En la fantasía yo también tengo todos esos primores de luz, colores y contornos; pero me falta lo principal, que es saber enseñar á los otros esta belleza de que goza mi espíritu en la soledad inaccesible del pensamiento. ¡Feliz el Sr. Pereda que, tal como lo ve en el mundo, y después dentro de sí, copia en el papel la rica naturaleza de nuestros valles y montañas y el animado, risueño y tranquilo vivir de sus moradores, si no tan felices é inocentes como los Arcades, dignos de que la poesía los tome en cuenta!

¡Qué gran *escenógrafo* es el Sr. Pereda! Recuerdo haber elogiado el arte con que supo describir el *lugar de la escena* en su novela *Don Gonzalo*; pues en este punto sí que no ha perdido su habilidad. Pero ¡jalas del lado de allá, la Hoz en medio, y de este lado Valdecines. Parece que lo estoy viendo. Ya que no le gusta, no le llamaré realista ni naturalista; pero ¡qué realismo, qué naturalismo tan bello el de sus paisajes! Lo único que sobra en aquel primer capítulo en

que nos dice cómo era la Hoz en una noche de tempestad, es cierta alusión mal encubierta á otros novelistas que, con valer Pereda lo que vale, valen mucho más que él; á los cuales, en vez de zaherir de tal suerte, debiera seguir imitando; pero no *al revés*, como parece haberse propuesto en la parte *trascendental* de su libro. Y ya llegamos á las agrias.

Como á mí me gustan las cosas claras, tiro de la manta y digo que el Sr. Pereda ha querido darnos la triaca del veneno que Galdós nos propinó con su *Gloria*: es *De tal palo tal astilla* una *Contra-Gloria* que, si valiera la intención, habría deshecho á estas horas todo el efecto de la novela *impia*, que así la llaman, tan leída y admirada en esta España eminentemente católica, y aun fuera, pues hay traducciones alemanas é inglesas que no me dejarán mentir.

Esta *Contra-Gloria* se llama Águeda y es, en resumen, una fórmula algebraica de la más vulgar mojigatería. No basta para que una figura de novela se anime y viva, decirle: «levántate y anda;» si la figura es de trapo, ¡cómo se ha de mover! El autor nos quiere convencer en muchos capítulos de que su Águeda es la muchacha más instruída, discreta y católica de la montaña; y sí lo será, porque nosotros no tenemos prueba en contrario: lo que negamos, yo por mí lo niego, es que Águeda sea una figura viva y bella, como en las obras literarias se necesita. Mucho alabarla el autor y ponerla en los cuernos de la luna y sobre su cabeza; pero no pasa de ahí. Lo que dice Águeda no la hace verosímil, ni menos simpática; es una devota ilustrada, sosa como una calabaza; será muy ama de su casa, pero eso es poco para sorber el seso á un hombre. En verdad que si Fernando no fuera tan grandísimo mequetrefe como sin duda es, no se mataría por mujer tan soberbia, tan desabrida y tan sin caridad. Pudo, en buen hora, prendarse de su hermosura física, que al parecer era extraordinaria, según la pinta el autor en un capítulo que no será realista, pero es *volcánico*, sin duda alguna, y recuerda no poco los buenos tiempos

del desnudo; pudo, digo, Fernando prendarse de aquellos atractivos que sedujeron más tarde á Bastián; pero lo que es amor tan por lo sublime y obcecado y tan sin vuelta de hoja puesto en mujer semejante, no se le hubiera ocurrido al hijo del volteriano, á no haber sido lo poco sesudo que vamos á ver.

El autor ha querido ofrecernos el libre pensamiento en su encarnación *menos* repugnante, presentándolo en dos personas honradas, aunque sólo honradas *humanamente*, como dice un crítico. Como en *Gloria*, los fanáticos son personas muy de bien (humanamente). Pereda ha querido establecer cierto paralelismo entre novela y novela: aun en esto, y enfrente de los Lantigua, tan buenos como ultramontanos, coloca á los Peñarrubia, tan honrados como ateos.

Nunca se les ocurre á nuestros novelistas neos, que sin perdón así se llaman, representar el libre examen en hombres que crean en Dios y en la otra vida, y, en fin, que tengan su alma en su almarío, como se dice; siempre son estos libre-pensadores materialistas de brocha gorda, cuando no perdidos sin conciencia; pero de todas maneras, gente que se ahoga en poca agua, y en cuanto truena se acuerdan de Santa Bárbara. Fernando es un muchacho que ha sido educado sin religión, que después estudió medicina y se resolvió á no creer en Dios en todos los días de su vida. Se hace doctor, y con tan plausible motivo reniega del alma y de quien la inventó; va al Ateneo, y se hace aplaudir en un discurso empecatado, cuyo tema es el siguiente: «La conciencia es una serie de fenómenos en el tiempo (claro, hombre, si son fenómenos... en el tiempo han de ser); los hechos materiales y espirituales son producto de una fuerza única; todo se reduce á sensaciones; el milagro no existe.»

Así como á D. Quijote le hacía una gracia que no se podía explicar el estribillo aquel *del Toboso*, me la hace á mí, y no menos extraordinaria, el estribillo del tema «el mila-

gro no existe.» Pero ¿qué tiene que ver el milagro con todo lo demás del tema? En otros pasajes de la novela se habla también del milagro, y se conoce que el Sr. Pereda tiene grandísimo empeño en que los milagros existan, porque los considera demostración de sus doctrinas; pero demostración de las más sólidas é incontrovertibles. Lo mismo opina el cura de mi aldea, que, *con un solo milagro*, dice él, está al cabo de la calle. Fernandito, no sólo perora en el Ateneo, sino que después habla con su novia de la tesis del doctorado y del discurso del Ateneo. Y con esto cae para siempre en ridículo el mísero libre-pensador. ¡Está bueno eso de irse al pueblo á discutir con una muchacha la tesis del doctorado y la teoría de los milagros! Verdad es que Águeda también tiene sus argumentos, tomados probablemente de las *Cartas á un escéptico* ó de las *Refutaciones* del P. Franco, de la Compañía de Jesús. ¡Qué discursos, qué sermones! ¡Parece mentira que el autor de todas esas puerilidades seudo-religiosas sea el mismo que hace hablar á Macabeo como Manzoni hacía hablar á *Renso!*

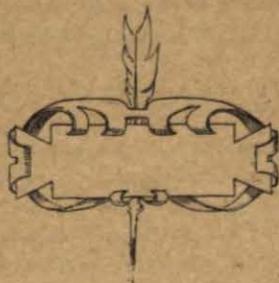
El conflicto que existe en la novela podía resolverse de muchas maneras; pero el autor le tiene miedo y no lo resuelve. Yo he leído muchas coplas en que un moro se prendaba de una nazarena; surgía, como era natural, el *conflicto* de la diversidad de religiones; pero al cabo, en parte por la gracia de Dios, en parte por las gracias de la nazarena, el moro se convertía y veía claro como la luz la divinidad de Jesucristo y todos los misterios del dogma. No de otra manera, cuando se pinta una batalla, siempre es el enemigo el que come tierra, mientras los compatriotas parece que, en vez de balas ó lanzadas, reciben confites. Fernando, después de consultar la librería de su padre, pues tiene el propósito de convertirse, si puede, se va á ver con el cura de Valdecines. Pero si en la librería de Peñarrubia faltaban los Santos Padres, en la cabeza del cura de Valdecines tampoco están, y Fernando se convence de que, á no ser por un milagro, de los que él negaba en el Ateneo, no es posible

creer en Dios. En llegando á esta ocasión, el autor echa de ver que el *conflicto* no tiene arreglo, y tira la casa por la ventana, ó, lo que es lo mismo, arroja por un despeñadero al libre-pensador, que se mata porque no encuentra la religión de los mayores de Águeda, y porque en Valdecines corre el chisme de que lo que busca el mediquillo de Perojales es la bolsa de doña Marta. ¡En mi vida he visto ateo que se ahogara en tan poca agua como Fernando! Pase el inconveniente de la religión, aunque siempre quedaba la esperanza de que, leyendo novelas de Pereda, Fernando llegara á convertirse; pero lo que es el obstáculo que le presenta la maledicencia, no debió acobardarle hasta el punto de echar por el atajo y estrellarse en las peñas de la Hoz. Ello, en fin, ¿qué se podía esperar de un orador que le cuenta á su novia lo que le sucede en el Ateneo, ni de un pensador que quiere consultar con los autores el caso de unas calabazas ortodoxas?

Algo más que Fernando vale su padre; es carácter más complejo, más real, y que revela algún estudio de cierta clase de libre-pensadores, de esos que acaban por *redondearse*. Por desgracia, Peñarrubia, padre, tiene poco que hacer en la novela, y todo se vuelve hablar con afectado é impertinente *humorismo*, hasta que el peligro crece, en cuyo trance se manifiesta en el doctor muy natural y noble sentimiento, aunque no con la diligencia debida.

En suma: el Sr. Pereda se ha equivocado en absoluto por lo que toca á la intención de su libro. Ha escrito una novela monótona, fría, inverosímil por querer seguir las huellas de escritores que tampoco han dado en el clavo, y por oponerse á otros que viven en regiones á que no debe aspirar el autor de *Don Gonzalo*. Pero en todo aquello que es de su jurisdicción, el artista admirable es hoy el mismo de siempre. Quien ha escrito *La hoguera de San Juan*, *Los trapillos de Macabeo* y tantas escenas de valor análogo, que no escasean en esta obra; quien ha descrito aquel despertar de los prados después de la lluvia y otros pasajes que

recuerdan la novela de Manzoni y algunas poesías de Leopardi, tiene títulos suficientes para ser admirado, y hasta pueden perdonársele sus *pecados de trascendentalismo*, porque ha amado mucho y hecho amar las bellezas de la madre Naturaleza, tan ajena á los escrúpulos de monja y á los discursos del Ateneo.





## DE BURGUESA Á CORTESANA

**M**i querida doña Encarnación: Ya sé que las de Pinto dijeron por ahí á los amigos que las de Covachuelón no iríamos á las fiestas por falta de posibles ó por falta de amor á los regocijos, como dice mi Juan que se llama eso; no haga usted pizca de caso, porque ya nos hemos encargado los sombreros, de esos que parecen de hombre, que son la última moda, según dijo la modista, que es de París de Francia, como si dijéramos; porque si bien ella no nació allá ni lo vió nunca con sus propios ojos, su marido es de pura raza parisién: ¡con que figúrese usted! Irems, y tres más, lo cual, para evitarle á usted molestias de andar buscando casa y demás, nos irems derechitos á la suya, y así se ahorra usted la incomodidad de tener que entenderse con fondistas y amas de huéspedes, que en estos días sacarán la tripa de mal año y pedirán por una habitación un ojo de la cara. Adjunta le remito la lista de las monadas y

cachivaches que mi hija la mayor quiere que usted le tenga comprados para el mismo día que lleguemos; porque todo su prurito es que de cien leguas se la tome por una madrileña; porque ser provinciana es muy cursi, ya ve usted; y aunque yo la digo que lo que se hereda no se hurta, y que de casta le viene al galgo... y que una Covachuelón, que descende de cien Covachuelones, aunque sea con el aire de la montaña, puede tenérselas tiesas, en punto á buen tono y chiqq (*sic*) con la más encopetada cortesana, que puede ser hija de un cualquiera; digo que, á pesar de esto, la niña quiere que usted la tenga preparados esos trastos: y no es que aquí no haya guantes de esos que llegan hasta los hombros, porque también los vende la modista que tiene un marido de París; pero ¿qué quiere usted? estas muchachas del día están perdidas por no ser de su tierra. Y mire usted, en confianza, doña Encarnación, y aquí *inter nos*, como dicen los franceses, la chica está en estado de merecer, y aquí todos son pelagatos; no hay proporciones; ¿quién sabe si alguno de esos caballeros en plaza, de que tanto hablan los periódicos, se enamorará de mi niña? En ese caso, nos quedaríamos á vivir en Madrid, que es lo que yo le digo á Juan; pero mi Juan es tan terco que no quiere abandonar este destino humilde, indigno de un Covachuelón, porque dice que es seguro, y manos puercas. ¡Como si no conociéramos el mundo, doña Encarnación, y no supiéramos que eso de gajes es cosa común á todos los destinos, con tal que haya buena voluntad! Yo, á decir la verdad, no sé de qué son esos caballeros en plaza; pero sin duda serán unos cumplidos caballeros, que apaleen el oro, ó por lo menos las fanegas de trigo, que todo es apalear. Demás de esto, mi Juan, que tiene mucho amor á las Instituciones, no perderá el tiempo durante nuestra estancia en ésa, ni se dormirá en las pajas, porque el Ministro le tiene ofrecido torres y montones; pero ojos que no ven... y así atenaceándole de cerca y no dejándole á sol ni á sombra, verá usted cómo se logra un ascenso, que buena falta nos

hace, porque con este modestísimo sueldo y todas las manas que Juan quiera, no se puede vivir: y si no, ahora se ve, lo que es una deshonra, que para emprender un viaje á la Corte, con rebaja de precio y todo, la familia de un Covachuelón se halla obligada á vender los cubiertos de plata y algunas alhajas de los Covachuelones que fueron. Dígalos, dígalos usted á las de Pinto (sin contarles lo de los cubiertos), cuánto hacen y pueden los de Covachuelón en alas ó en aras (nunca digo bien esta palabra) de su amor á las Instituciones. Aquí se ha corrido el rumor de que por culpa de Moyano ya no había fiestas; que ese señor, que dicen que es muy feo, y lo prueban, había agitado la función; pero no lo hemos creído, porque es imposible. Dios no puede consentir que mi hija se quede sin su caballero en plaza, porque eso sería como quedarse en la calle; ni mi esposo ha de pudrirse y pudrirme en este rincón oscuro; los Covachuelones pican más alto, y amanecerá Dios y medraremos; porque la mala voluntad de las de Pinto poco podrá contra los altos escrutinios de la Providencia, que á todas voces llama á los de Covachuelón á la Corte. Diga usted de mi parte al Sr. D. Juan, su marido (¡qué diferencia entre los dos Juanes! el de usted tan dócil, tan rico y tan amigo de su negocio), pues dígame usted que me busque sin pérdida de tiempo papeleta para todas partes: queremos verlo todo, lo que se llama todo, porque ¿á qué estamos? no es cosa de vender una los cubiertos para volverse luego dejando por ver alguna cosa. He leído en *La Época* que los provincianos llegarían tarde para sacar papeleta: ¡qué sabrá ella! *La Época*; como si esos perdularios gaceticeros, que son la perdición del país, hubieran de ser antes que nosotros, que servimos á la patria y á las Instituciones, desde un rincón de España, con celo, inteligencia y lealtad, como decían los mismísimos liberales cuando dejaron cesante á mi marido. ¡Sería de contar que la señora de Covachuelón é hija se quedaran sin papeleta para ver todo lo reservado y todo lo no reservado.!

Hemos de verlo todo: dígaselo usted así á don Juan: no rebajo nada.

¡Oh, quién fuera condesa, amiga mía! Pero de menos nos hizo Dios, y como Juan, el mío, ande derecho y en un pie, y haga lo que yo le diga, ¡quién sabe adónde podremos llegar, y si vendrá día en que yo le vea á él mismo hecho un caballero en plaza, título que me suena de perlas, y que no puedo quitármelo de la imaginación! No canso más; consérvese usted buena y no se olvide de los encarguitos. Su amiga de toda la vida que desea abrazarla pronto,

*Purificación de los Pinzones de Covachuelón.*

*P. D.* Le advierto á usted que Juan se muere por los caracoles, y le dará usted una sorpresa agradable si se los presenta para almorzar el día que lleguemos. Supongo que irán ustedes á esperarnos con los criados, porque llevaremos mucho equipaje, y esos mozos de cordel la confunden á una con una palurda y piden un sentido. Suya,

*Purificación.*

Otra *P. D.* Le advierto á usted que en las camisolas y en los pañuelos que le encargué el otro día para Juan, han de ponerse estas letras, *P. Juan*, que no significan Padre Juan, sino que Juan es marido de Purificación, como usted sabe. Un Covachuelón no podría poner en sus camisolas unas simples iniciales como cualquiera. Expresiones á su Juan de usted.

PURA



## DE BURGUESA Á BURGUESA

Pajares 1.º de Febrero,



Mi querida Visitación: Cuando ésta llegue á tus manos estará tu pobre Pura, tu buena amiga, enterrada en vida, con no sé cuantos kilómetros de nieve sobre la cabeza. Nos ha cogido la mayor nevada del siglo en medio del puerto, y no podemos volver atrás ni llegar á nuestro bendito pueblo, del que ojalá no hubiéramos salido

nunca. El correo lo llevan los peatones; yo he ofrecido el oro y el moro porque me pasara un peatón, y porque me pesaran en el estancillo, para llegar á mi destino en calidad de certificado, costara los sellos que costara: ¡imposible! me fué forzoso renunciar á mi proyecto, y aquí me tienes extraviada en el camino como carta de Posada Herrera. Mi

Juan, ese hombre de bien, no hace más que dar pataditas en el suelo, soplarse las manos y exclamar de vez en cuando: ¡maldita sea mi suerte! ¡Calzonazos! ¡Como si no fuera él la causa de todos nuestros males! Figúrate, tú, Visita, que lo primero que hace Juan en cuanto llegamos á Madrid, es coger una pulmonía. Verdad es que por más de veinticuatro horas la disimuló, para que yo no me incomodara y pudiese ver los festejos; pero ¡buenos festejos te de Dios! yo quería estar en todas partes á un tiempo, como es natural en tales casos; para esto es necesario correr mucho; pues nada, Juan no daba paso: que le dolía esto, que le dolía lo otro, y no se meneaba. Tomamos un coche para los tres, el cochero refunfuña y me dice no sé qué groserías respecto á si yo abultaba por cuatro, y Juan... ¡qué te parece! no le rompió nada.

Se pone en movimiento aquel armatoste, y á los cuatro pasos el caballo... cae muerto. Juan se enfureció porque yo le eché á él la culpa; pelea tú con un hombre así: en fin, nos volvemos á casa, y doña Encarnación, con una oficiosidad que me da mala espina, declara que Juan está malo y que debe acostarse; y se acuesta, y viene el médico, y dice que mi esposo tiene pulmonía. Ya ves cómo todos se conjuraban contra mí. ¡Adiós visitas al Ministro, adiós ascenso, adiós quedarnos en Madrid! Añade á esto que doña Encarnación, que es una jamona muy presumida, no había comprado más que adefesios para mi hija, todo cursi y de moda del año ocho. Purita pataleó y echó la culpa á su papá, que efectivamente es quien nos trae en estos malos pasos de ser provincianas y tener que guiarnos por los envidiosos de Madrid. Pedíamos billetes á D. Juan: ¡qué si quieres! ni uno solo había podido conseguir, y eso que amenazó con la dimisión de su destino, pero no dimitió: ¡qué había de dimitir, si estos burócratas de Madrid no saben lo que es dignidad! Pero dirás tú, y con razón: ¿por qué tu Juan había de necesitar que nadie mendigara billetes para su mujer? Es verdad, y en eso hablas como una Santa Teresa; pero Juan, nada, en

su cama, queja que te quejarás, preparándose á bien morir y sin pensar en billetes, ni en caballeros en plaza, ni en ascensos, ni en todo eso que me trajo á la corte en mal hora. En fin, Visita, no hemos visto nada, á no ser las iluminaciones, que valientes iluminaciones estaban; y se dió el caso de andar la familia de Covachuelón sin cabeza (porque la cabeza tenía malo el pulmón) de andar por aquellas plazuelas y calles de Dios, como unas cualesquiera, como unos papanatas, codeándose con la plebe y teniendo que dejar la acera á los que la llevasen, aunque fueran hijos del verdugo. Aquí no se respetan las clases, ni el abolengo, y no le conocen á una en la cara los pergaminos ni la categoría. No creas que el bullicio fué tan grande como dicen, y de mí te puedo asegurar que no grité viva nada, porque esto no es modo de tratar á la gente. ¿Te acuerdas de aquel don Casimiro á quien sacamos diputado por los pelos, y gracias á estaquillos y chorizos de los decomisados? Pues ¡asómbrate! D. Casimiro, que tenía un paquete de entradas para todas partes, pasó junto á nosotros sin saludarnos, en un coche muy elegante, que no sé de dónde lo habrá sacado ese pelagatos. Y dicen que la conciliación se arraiga y que esto va á durar: ¡mira tú qué postura de conciliación es ésta, ni si lleva trazas de arraigarse un Ministerio tan destartalado y montado al aire! Después de ver tanta farsa y tanto descaro, no me quedaba más que ver, y quise volverme á mi tierra: el mismo día en que la enfermedad de Juan hacía crisis, según dijo el médico, cogí á Juan por los pies, le vestí, y lo tapé, y escondí entre cinco mantas: *hice la crisis* yo, y nos metimos en el tren correo. Juan, dócil por la primera vez de su vida, se puso bueno en el camino, ó por lo menos disimuló el mal; y aquí nos tienes con la nieve al cuello, en un lugarón que no tiene nombre en el mapa; yo furiosa, Purita desesperanzada de coger una proporción, y Juan dando pataditas en el suelo, soplándose los nudillos y murmurando á cada paso: «¡Maldita sea mi suerte!»

Si algún día llego á mi casita, y desempeño los cubier-

tos, y junto algunos cuartos procedentes de las manos de Juan, que él llama groseramente puerkas, y pongo esos cuartos á réditos y saco una renta regular para ir tirando... te juro, Visita (tanto es lo que aborrezco la conciliación), te juro que presento la renuncia del destino de Juan y me declaro *ilegala*.

#### PURIFICACIÓN.



## «DON GONZALO GONZÁLEZ DE LA GONZALERA»

(PEREDA)



ON mucho, pero con mucho, vale más esta novela que *El buey suelto*.

El interés, que allí apenas existe, en la última obra del Sr. Pereda es, si no muy intenso, suficiente para dar pábulo constante á la curiosidad del lector: la acción está bien compuesta, con habilidad y mucho tino; los caracteres, si no todos, los más importantes, son muy verosímiles, típicos, perfectamente dibujado alguno; y, sobre todo, aquello en que más se luce el Sr. Pereda, la descripción de lugares, costumbres, modales, y cuanto el

pintor realista cuida con más esmero, constituye el mérito peculiar de esta novela, que en punto á lenguaje y estilo poco dejará que desear al más exigente.

Esto me dicta la imparcialidad, y por mí ya puede el señor Pereda ser más reaccionario que el Gobierno; que como escriba con garbo y salero y nos dé muchos Patricios Rigüelta y muchas ferias de Pedreguero, yo me reiré de sus sermones antiparlamentarios y de sus cuchuelletas contra la revolución de Septiembre.

¿Que el Sr. Pereda es reaccionario? Que lo sea. ¿Que opina, como los brahmanes, que los labradores deben formar una casta inferior, incapaz é incapacitada para los negocios públicos? Que lo opine. Si no me propina sus lucubraciones de retrógado en artículos de *El Tiempo* ó de *El Fénix*, sino diluidas y casi disipadas en una fábula que sirve de pretexto á hermosas y frescas descripciones de pintorescos parajes, de características costumbres y de tipos cómicos ó sublimes, perdónole de todo corazón al autor sus *genialidades* de ultramontano, olvídome de sus débiles argumentos en pro del antiguo régimen, y aplaudo el arte con que me entretiene y me deleita, bendiciendo de paso la gallardía de su pluma, que tan lozano conserva el buen hablar que en España solía ser corriente en tiempos pasados.

Conociendo la parte flaca del *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, un agudísimo crítico de los del rebaño ortodoxo dijo que Pereda no se proponía ahora demostrar cosa alguna ni resolver problema que valga. Tal creo, es decir, tal aparento creer para no incomodarme y no echarlo todo á rodar. ¡Pues bueno estaría que el autor se propusiera demostrarnos que los liberales somos unos pillos, punto más, punto menos, y que la vida política que queremos introducir en el pueblo rústico y urbano es nada más la confusión, el vicio, la rebeldía, la infamia, y por contera el robo y el asesinato!

Si á Coteruco, Arcadía municipal, vinieron á desbaratar el idilio de que gozaba el procomún, aquel endemoniado estudiante y el soberbio indianete, amén del ingeniosísimo Rigüelta, nada dice eso contra la *gloriosa*, porque lo mismo que les dió á los intrigantes por la libertad, pudo haberles dado, si á mano viniera, por D. Carlos, y hubieran, en tal caso, soliviantado al pueblo, so capa de unidad católica, y legitimidad, y otra porción de abstracciones, echando á perder la influencia justa del Sr. Pérez de la Llosia, que, pongo por caso, sería entonces liberal. Y D. Frutos, el cura, sería de la partida acaso, y los desmanes no hubiesen

sido menores, y los mozos, en vez de ir á la mies, serían arrastrados á la facción, y al Sr. D. Román se le secuestrarían bienes y persona, etc., etc., sin olvidar la quema de los papeles del Ayuntamiento, y aquello de levantarse con los fondos municipales y con el santo y la limosna. Todo pudo ser de todas maneras. Si el Sr. Pereda prefirió que los galopines y los necios alborotadores se afiliasen al partido de los *ensalzados*, como dice el magnífico Rigüelta, con su pan se lo coma; pero según era Lucas, y según era don Gonzalo, y según era Patricio, todo les hubiera convenido; y según los tiempos, así las obras. Fueron liberales porque de esa mano corrían los vientos. Y punto aquí sobre este particular de las *tendencias* del libro. Piadosamente suponemos que el Sr. Pereda no le da importancia al que parece fin ó propósito principal, y que ni siquiera ha querido detenerse á dar más lógica y más fuerza á los argumentos que á tal objeto apunta de soslayo.

La montaña, sus paisajes, sus costumbres, los tipos de sus habitantes, eso es lo que trae entre manos, y de eso es de lo que entiende el ameno escritor de quien trato. De lo que entiende como nadie.

Desde que nos coloca en el vericuetto de Carrascosa nos hace asistir á un panorama, rico en colores, gracioso en los contornos de sus partes, de matices delicados, de oportuno claroscuro, de composición bien repartida y agrupada; el arte anda por allí como Pedro por su casa, y la hermosura de la forma, del ruido, nos hace olvidarnos, y en buen hora, de las pocas nueces.

La descripción del valle, la especial de Coteruco de la Rinconada, la particular de las casas de D. Lope, de D. Román y de D. Gonzalo, son de mano maestra; lo que está á los ojos comienza á hablar de lo que dentro habita, y cuando llegamos á la cocina de los Pérez de la Llosia, ya conocemos al dueño, sus gustos y sus méritos. Buena conversación la de la cocina; aquella familiaridad respetuosa, tan real y tan bella; la apuesta característica de D. Román y

de Gerión; todo lo que allí pasa está bien dicho y es copia artística de la realidad. Como esto, hay mucho bueno, por el estilo, en todo el libro; y mucho más que las escenas grotescas, fáciles para pluma menos experta, de la revolución coterucana, me agradan y admiran las que se refieren á la vida natural y ordinaria de aquellas comarcas montañosas.

Lo que se ve en la taberna parece cuadro de Ostade, así como la feria de Pedreguero, que en punto á paisaje es lo mejor de este libro y de otros muchos. Yo confieso que, sin perderme, iría de Carrascosa á la casa de la fragata, de allí á la Casona y de ésta á ver á D. Román, todo lo tengo delante de los ojos; y á los vecinos del pueblo, no se diga, porque los conozco como si los hubiera parido, y ojalá, que buen escritor sería yo entonces. Si yendo de la taberna á la alcaldía me encontraba en una calleja con dos aldeanos que estaban liando un cigarro y echando un párrafo, saludaría por su nombre: adiós Gerio, adiós, Carpio, diría: os saqué *por la pinta* y por el estilo en *auto á la plática de las personas*.

No crea, ni por pienso, el Sr. Pereda que no nos interesan la *Cordera* y la *Galinda*; y mucho que sí, que puesto que poco hace tuve el honor de advertir al simpático novelista que Gedeón, *El buey suello*, es un buey sin bendita la gracia, anónimo y siu parecido, á fuerza de singular y único; no sucede lo mismo con estas vacas y vaqueros, que son de la montaña, bien determinados y conocidos, y llenos de méritos para figurar en obras de arte. No es lo mismo crear un tipo que aspira á ser, y debe ser por el propósito conocido del autor, representación típica de todos los congéneres, que describir y retratar, por modo de arte, determinadas realidades, conocidas, palpables. Querer pintar el celibato y retratar únicamente á D. Fulano de Tal, de estado soltero, es errarla, si al arte se mira; pero decir: vamos á la montaña, describamos sus paisajes, sus costumbres, sus tipos, y hacerlos ver y palpar, es acertarla. Yo no co-

nozco más que de paso la montaña; pero conozco mejor á Asturias, que tanto se le parece, y puedo declarar que Pereda sabe dar vida en el papel á todos aquellos cuadros de la Naturaleza, tan dignos de ser atendidos por la literatura y las demás artes.

Pero ya es tiempo de que lleguemos á los personajes.

D. Gonzalo.—Es el protagonista, pero se deja eclipsar por su lugarteniente Patricio Rigüelta. De *La Gonsalera*, aunque da de bruces en la caricatura no pocas veces, es la copia exacta del indiano de María Pérez, que ya está de vuelta. Así hablan, así se contonean, así discurren, si aquello es discurrir. Pero no es D. Gonzalo ni el que está mejor, ni el tipo que ofrecía más dificultades.

D. Román.—Es la Providencia *literaria*: una Providencia, como todas las antropomórficas, un tanto autoritaria y oscurantista, por lo que mira á los intereses del Agora. Es el personaje *tendencioso* de la obra, y resulta algo absoluto, pero no faltan rasgos que le dan en ocasiones calor de *humanidad*, como diría quien todos sabemos. El disgusto de la feria, en que su amor propio queda lastimado por culpa de las novillas, coloca á D. Román en la categoría de los personajes de carne y hueso que tan bien parecen en las novelas.

D. Lope (y vamos por categorías).—Es un *original* posible, pero no muy verosímil: pocos rasgos, pero buenos. Cuando *habla* D. Lope, lo hace á las mil maravillas. Sentado sobre el *potro* de Carrascosa, parece bien, es escultural y da un tono muy agradable al cuadro final del libro.

Lucas.—Este es el estudiante. Es embrollón, bullanguero, fanático, gárrulo, sin seso, pero no sin malicia, y lo que tiene de sagaz y artero no se aviene con tanto fanatismo y tanta necedad liberalesca; pudo ser energúmeno y ambicioso, que de esto se ve; pero tonto y listo en una pieza, no cabe.

Patricio Rigüelta.—La obra maestra, Maquiavelo de campanario ó diplomático de chaqueta, malvado sin con-

ciencia, ni falta, carácter de una pieza, aunque sea tan mala, es uno de esos tipos en que cabe acumular tantos rasgos de belleza entre sombras: desesperación de las medianías, piedra de toque del verdadero ingenio. En las acciones y en las palabras de este personaje ha echado el resto Pereda, y bien puede tenerse por artista de monta después de haber ideado y *esculpido* (estilo francmasón) á Patricio Rigüelta. La belleza de esta creación es de esas que niegan los estéticos ultramontanos (que también hay montes en esto de la estética), porque como va mezclada con el mal moral, juzgan que no existe. El valor de la obstinación, de la energía, de la constancia en los propósitos, de la habilidad mañosa, crean belleza; y el contraste del mal, de la mala voluntad, da atractivo mayor á esta clase de obras artísticas, pese á todos los Jungmann del mundo.

D. Alvaro, D. Frutos, Apolinar, Magdalena, Osmunda, Gildo, Gerio, Toñazo, Carpio, Narda, Chisquín y otros y otros personajes más ó menos secundarios, darían ocasión, si hubiera espacio, para alabanzas unos, para censuras otros. Osmunda, la envidiosa, vale más que Magdalena, la virtud desabrida; Alvaro será buen mozo, pero es soso; Gerio y Carpio encantan al lector con su conversación, primero; pero cuando la repiten una y otra vez, aburren un tanto. D. Frutos debió ser puesto por mí entre los notables: ¡qué bien se las vuelve al cuerpo al estudiante en lo alto de Carrascosa! Sus virtudes y su carácter son simpáticos, Gildo, secretario letrado, es digno hijo de su ilustre padre Patricio Rigüelta.

Todos estos personajes, y otros muchos que no por omitidos son grano de anís, andan revueltos y seriamente interesados en la acción de la novela, que es importante, como dije, más que por el fondo del asunto, por la graduación y habilidosa marcha de los sucesos. Sin embargo, la exposición, al revés de lo ordinario, es más bella que el desenlace, que por causa de algunos capítulos lánguidos, y tal vez superfluos, deja el interés de capa caída.

No digo que un examen escrupuloso, para el que no tengo tiempo, dejará de descubrir defectos de bulto que yo omito señalar en *Don Gonzalo González de la Gonzalera*; sobre todo, si volviéramos al propósito del autor podríamos ponerle como chupa de dómine por sus ínfulas de estadista á la oriental; pero todo esto ya no cabe discutirlo. Como tampoco protestar de ciertas alusiones que he creído ver en lo de «lirios cursis del valle, marimachos libre-pensadores, etc., etc.» Si el Sr. Pereda alude á lo que barrunto, ¡pobre Sr. Pereda, que con todo su ingenio, que es mucho, seguirá en vano las huellas de quien, recorriendo los mismos parajes, nos llevaba en el aire, en un vuelo mágico, con la mirada fija en la hermosa tierra y la mente vuelta á los misterios del cielo! Siga, siga el Sr. Pereda paso á paso, aunque no vuele, que para todos habrá su pedacito de gloria, como no den en tirarse chinitas. Ya ve que, *neo* como una loma y todo, se le alaba cuando lo merece. Y eso sí, en lo de imitar con la pluma aquella pintoresca vida de la montaña, pocos habrá que le pongan el pie delante.



## «GLORIA» (PÉREZ GALDÓS)

PRIMERA PARTE



Un distinguido crítico francés lamentaba, no ha mucho, la decadencia de la novela en la literatura de su patria: á las sublimidades del genio ha sucedido el mediocre *savoir faire*; á las grandezas á veces desmesuradas de la inspiración, han reemplazado los primorosos detalles de la habilidad; se han ido los genios

de la novela francesa, han quedado algunos talentos; ya no se dice Balzac, Sué, Dumas (1), Hugo; se dice Feuillet, Droz, Theuriet, Cherbuliez (2). Si antes se trataban en este campo de la literatura todos los problemas más altos, con excesivas pretensiones acaso

y soluciones extremadas, pero siempre con miras levantadas y dotes superiores, ahora se prefiere un estrecho

(1) Ni Dumas, ni mucho menos Sué, son genios de la novela... Tal afirmación era demasiado fuerte para dejarla pasar ahora sin protesta.

(Nota de la 4.<sup>a</sup> edición.)

(2) Este artículo, escrito hace muchos años, es uno de los primeros del autor, inocente *idealista de cátedra* entonces. Hoy considera novelistas de primer orden á Flaubert y Zola, honra de la novela francesa.

y modesto círculo, un horizonte limitadísimo para hacer acabadas labores de filigrana, irreprochables miniaturas. Tal autor se refugia, armado de microscopio, en un rincón de un alma, y de allí saca á la estampa un museo de curiosidades psicológicas; tal otro prefiere la naturaleza, y corre, con sus lienzos preparados, á cualquier pintoresco lugar de próximo ó lejano departamento, y de allí vuelve con perfectas fotografías; parece que el tono consiste en limitarse; algún malicioso podría pensar que la moda nueva es un pretexto de la incapacidad: véase á Feuillet, pulido, elegante, gran anatómico de espíritus aristocráticos, ¡cómo vacila, cómo tropieza, cómo se derrumba, si de la pura psicología experimental de determinadas razas quiere ó necesita pasar á otras más anchas ó trascendentales esferas! Son preferibles los Droz, los Theuriet con sus novelas á *la Ostade*, llenos de luz... como un gusano de luz, que no alumbrá, que no basta para guiar en la oscuridad, pero que al fin es luz, como una estrellita nacida de una flor en los prados. ¿Acusa esto decadencia en el espíritu de la literatura francesa? Es simplemente una mutación de cauce, prevista por la filosofía hegeliana; lo que va sucediendo en toda la historia, también sucede en cada pueblo: primero se piensa con imágenes, después sin ellas; hoy Francia no necesita del arte para interesarse por las cuestiones graves de la civilización.

Renán, por ejemplo, escribe un libro de filosofía, más ó menos sistemática, y su libro puede hacerse tan popular como una novela de Dumas en su tiempo.—En España hoy todavía, y fuera ilusiones, todo filósofo nace krausista, y por ende nebuloso y no muy limpio de conciencia: así lo cree el público grande, que es el gran público; lo cree primero porque sí, y luego porque muchos se lo dicen. ¿Quién compra un libro que no se entiende? Los pocos que pueden entenderlo, tampoco lo compran, porque esos saben hacerlos, y si no los hacen, es porque tampoco los venden. El pueblo sabe un poco de filosofía por las discusiones del

Congreso; pero allí está mezclada con demasiadas alusiones personales, y siempre se la llama á la cuestión. Consecuencia que saca el pueblo: la filosofía es una cosa que estorba para hacer leyes. ¿Y qué queda? El terreno vastísimo de la amena literatura, y dentro de ésta la dilatada zona de la novela; de aquí no puede desterrar á la filosofía ni el Gobierno.—Se le dice al pío lector: el vago misticismo inspirado por imprudentes enseñanzas engendradoras de orgullo y aspiraciones falsas, ¿sabes cómo se llama? Se llama D. Luis de Vargas. ¿Y sabes cuál es el destino de ese ideal nebuloso que se cree abocado á imposibles grandezas? Pues es el casarse con *Pepita Jiménez*.

Cuando la filosofía se llama *Pepita Jiménez*, no se olvida jamás. Es providencial este florecimiento de la novela entre nosotros; auge ó resurrección que nadie pone en duda dentro ni fuera de España. Algunos autores, pocos todavía—pero ya serán muchos,—sintiéndose llenos de fuerzas adecuadas, han emprendido la meritoria empresa de remover y conmover la conciencia nacional, y hablando á la fantasía de nuestro pueblo con poderosas imágenes, llenas de frescura, originalidad y *sabor de patria*, despiertan en él los dormidos gérmenes del pensamiento reflexivo de un sueño de siglos. Porque no hay que olvidar que no toda la filosofía es científica, ni siquiera metódica, ni escolástica siquiera; hay también la filosofía de todos los días y de todas las horas: es el pensamiento moviéndose, aunque no quiera, viendo y juzgando, aun á su pesar: que son los de la razón unos ojos que no tienen párpados, y no hay lo de cerrar los ojos si se trata del alma. España, desde el siglo XVI, no ha dejado de filosofar; lo que hizo fué filosofar de la peor manera posible: tuvo un sistema, á saber: que no se debía pensar. Para este modo de filosofía, que podía llamarse filosofía necesaria, sirven admirablemente las obras literarias, y la novela *tendenciosa* ó filosófica, ó como se quiera, es ahora en nuestro país de gran oportunidad.